

## LIBRO VI.

LA FUERZA VITAL Ó EL GENIO RODIO.

Como los Atenienses, los Siracusanos tenían también su Pœcilum. Las imágenes de los Dioses y los Héroes, obras ilustres de los griegos é italianos, revestían las paredes del pórtico de su vario colorido. No faltaba de allí nunca la muchedumbre: el jóven guerrero iba á contemplar las hazañas de sus abuelos, y el artista á familiarizarse con el pincel de los grandes maestros. Había entre los innumerables cuadros recogidos en el suelo de la madre patria por la diligente solicitud de los Siracusanos, uno sobre todo, que hacia un siglo era objeto de asombro de cuantos le veían; y cuando faltaban admiradores á Júpiter Olímpico, á Cecrops, el fundador de las ciudades, y al heróico valor de Harmodio y Aristogiton, aun entonces, se apiñaba el pueblo en torno de aquel cuadro. ¿A qué se debía tal preferencia?—¿Era de Apeles ó de algun dis-



cípulo de Calímaco?—No.—Irradiaban de él indudablemente la gracia y la belleza; pero ni la mezcla de los colores, ni el carácter y estilo del conjunto le hacian merecedor de cempararse con muchas obras de las que decoraban el Pœcilum.

El vulgo admira lo que no comprende; y es vulgo bajo este respecto mas de una clase social.—A pesar de que en los reducidos límites de la Siracusa, habia mayor sentimiento de las artes que en toda la Sicilia, bañada por las olas del mar; sin embargo, hacia mas de un siglo, como hemos dicho, que se hallaba expuesto aquel cuadro, y el sentido que entrañaba siempre fue un enigma. Ni aun sabia nadie en qué templo habria estado antes colocado; procedia de un buque que naufragó, y por las mercancías que el navío llevaba podia únicamente conjeturarse que venia de Rodas.

Ocupaba el plano primero del cuadro, estrecho grupo de jóvenes de uno y otro sexo. Hallábanse desnudos y ostentaban correctas formas, aunque no la proporcionada talla que se observa en las estatuas de Praxiteles y de Alcámeno. Sus robustos miembros, en que se veia impresa la huella de dolorosos esfuerzos, la expresion humana que daban á sus rostros el sufrimiento y el deseo, parecian despojar á estas figuras del rayo divino y ligarlas á la patria terrestre. Adornadas sus cabelleras de follage y flores de los campos, extendian unas hácia otras sus brazos, como para implorar mútua asistencia, dirigiendo al propio tiempo sus miradas llenas de sombría tristeza, hácia un Genio que, rodeado de brillante luz, se destacaba del centro del grupo. Una mariposa se posaba sobre su espalda, y tenia una antorcha encendida en su mano derecha. Redondeadas eran sus carnes como las de la niñez; su mirada, de un brillo celestial, caia con autoridad sobre los jóvenes que en torno de él se apiñaban. A esto se reducía cuanto de característico presentaba la pintura; solamente que

además, creian algunos reconocer abajo las letras ζ y ε, con las cuales los anticuarios, no menos ariesgados entonces que ahora, habian tenido la mala idea de recomponer el nombre de Zénodorus, haciendo homónimo con esto al autor del cuadro del artista que fundió despues el Coloso de Rodas.

Sin embargo, no faltaban comentadores en Siracusa al *Genio ródio*, que tal era el nombre que se daba á esta imagen misteriosa. Los aficionados á las artes, sobre todo los jóvenes, habrian creido comprometida para siempre su fama, si de vuelta de algun rápido viaje á Corinto ó Atenas, no se hubiesen presentado con alguna nueva explicacion. Veian unos en el Genio la expresion del amor espiritual que veda los placeres de los sentidos; segun otros, representaba la soberanía de la razon sobre el deseo. Los mas prudentes se callaban, sospechando un sentido mas elevado, extasiándose en el Pœcilum ante la sencillez de tal composicion.

La cuestion, por tanto, quedaba siempre indecisa. Hicieronse copias del cuadro que se enviaron á Grecia con diversas instrucciones, sin que se consiguiera ni aun averiguar su origen. Un dia por fin, en el momento en que despertando á la mañana, abrieron las Pleyadas de nuevo el mar Egeo á la navegacion, buques de Rodas abordaron á los puertos de Siracusa. Un tesoro de estatuas, de altares, candelabros y cuadros traian, que los Dionisios, sensibles á los goces de las artes, habian hecho reunir en Grecia. Entre los cuadros venia uno, que desde luego fue reconocido como el complementario del *Genio ródio*. Su tamaño era el mismo, semejante su colorido, aunque menos maltratado por el tiempo. El Genio estaba aquí como en el primer cuadro, en medio del grupo; pero sin la mariposa de la espalda, su cabeza un tanto inclinada y la antorcha apagada caida en el suelo. Estrechábanse por cima de él los jóvenes, confundiendo sus abrazos; sus miradas no eran ya sombrías y



sumisas, revelaban por el contrario, el delirio de la emancipación y la satisfacción de deseos reprimidos por largo tiempo.

Ya los arqueólogos siracusanos trataban de modificar su interpretación del *Genio rodio*, para poderla aplicar á los dos asuntos, cuando el tirano mandó llevar el cuadro nuevo á casa de Epicarmo. Vivía este filósofo, de la escuela de Pitágoras, en un barrio retirado de Siracusa, llamado Tyché; rara vez visitaba la corte de los Dionisios, no porque el tirano no hubiese sabido atraer á sí de las colonias griegas muchos hombres eminentes, sino porque la proximidad á los príncipes quita siempre, aun á los mas firmes espíritus, algo de su vigor é independencia. Era su ocupación constante el estudio de la Naturaleza y sus fuerzas; buscaba el origen de los animales y las plantas y las leyes armónicas, en cuya virtud, á los dos extremos de la creación los cuerpos celestes, los copos de nieve y el granizo, al moverse sobre sí mismos, toman la forma esferoidal. Epicarmo ya envejecido por entonces, se hacia llevar todos los dias al Pœcilum, y desde allí hácia la isla de Ortygia, sobre el puerto, desde donde sus ojos, segun él decia, descansando sobre el horizonte sin límites del mar, podían contemplar la imágen del infinito que en vano persigue el espíritu. Honrábanlo, cosa rara, lo mismo los hombres del pueblo que el tirano: él por su parte esquivaba al segundo y salía al encuentro del primero, mostrándole un rostro gozoso y endulzando sus dolores con frecuencia.

Yacia Epicarmo postrado y sin fuerzas en su lecho, cuando por orden de Dionisio le llevaron el nuevo cuadro, al cual tuvieron cuidado de acompañar una copia fidelísima del *Genio rodio*. Hízose el filósofo poner ambas pinturas ante sí; fijó sus ojos largo tiempo en ellas, y llamando despues á todos sus discípulos, les habló con voz conmovida en estos terminos:

«Descorred la cortina de la ventana, que una vez mas se recreen mis ojos con el espectáculo de los tesoros de vida que animan la tierra. Durante 60 años he meditado acerca de los resortes íntimos de la Naturaleza, y la diversidad de las sustancias: solo el *Genio rodio* viene á mostrarme hoy de una manera manifiesta lo que hasta ahora pude sospechar no mas. Si la dualidad de sexos funda entre los seres vivientes una alianza bienhechora y fecunda, la materia bruta, de la que se compone la naturaleza inorgánica, preciso es que se mueva por resortes parecidos. Ya en el oscuro caos, se condensaba ó difundía la materia, segun que era atraída ó rechazada, amiga ó enemiga. El fuego celeste sigue á los metales; abrázase el imán al hierro; el ámbar frotado pone en movimiento á los cuerpos ligeros; mézclase tierra con tierra; sepárase la sal del agua del mar que se evapora y la humedad ácida del Styperia y los copos capilares del Trichitis, rebuscan la arcilla de Melos. Todo en la naturaleza inanimada anhela unirse al objeto que lo solicita. Resulta de aquí, que no hay sustancia en la tierra (¿y quién osaría dar á la luz semejante nombre?) que subsista en su simplicidad primitiva y en el estado de virginidad. La existencia es no mas que punto de partida, desde donde se lanza cada cosa á nuevas combinaciones. Solo el trabajo analítico del hombre puede representar aisladamente lo que en vano buscáis en las entrañas de la tierra y en las movibles olas del Oceano líquido y del Oceano gaseoso; la materia muerta é inorgánica permanece inerte hasta romperse los lazos de la afinidad, mientras no penetra entre dos sustancias una tercera para combinarse con ellas: perturbación otra vez seguida de un reposo estéril.

«Unas mismas sustancias se mezclan de muy diverso modo en los animales y en las plantas. Aquí la fuerza vital entra imperiosamente en la plenitud de sus derechos sin



inquietarse del sistema de Demócrito y de la amistad ó enemiga de los átomos: reúne las sustancias que se huyen eternamente en la naturaleza inanimada y separa las que se buscan obstinadamente.

«Acercaos, queridos discípulos, y reconoced en el *Genio rodio*, en su expresión de juventud y fuerza, en la mariposa posada en su espalda y en su mirada imponente, el símbolo de la fuerza vital que anima á cada germen de la creación orgánica. A sus pies todos los elementos terrestres pugnan por satisfacer sus inclinaciones y unirse unos con otros. El Genio, alzando la encendida antorcha, les manda con aire de amenaza y los sujeta, sin respeto á sus derechos antiguos, á sufrir su autoridad.

«Considerad ahora el cuadro nuevo que el tirano me envía para que le revele su sentido. Llevad vuestras miradas de la imagen de la vida á la imagen de la muerte. La mariposa recobra su vuelo; la antorcha se extingue y cae; el joven deja caer su cabeza; huyó el espíritu á otras esferas; la fuerza vital ha desaparecido. Ved ahora como se tienden gozosamente los brazos los jóvenes y las muchachas. Las sustancias terrestres han reconquistado sus derechos. Largo tiempo privadas de los goces que anhelaban, y libres al fin de sus cadenas, siguen con salvaje impetuosidad al instinto que las solicita. El día de la muerte es para ellas un día de himeneo. De este modo, la materia inerte, animada por la fuerza vital, ha pasado por una interminable serie de generaciones, y acaso, sirvió de envoltura al divino espíritu de Pitágoras la misma sustancia en que arrastró momentos un gusano su miserable existencia.

«Ve, Polyclés, y cuenta al tirano lo que has oído; y vosotros, amigos míos, Euryfamos, Lysis y Scopas, aproximaos mas todavía. Siento que la fuerza vital debilitada no ha de dominar en mí durante mucho tiempo á la sustancia terrestre. La materia reclama su libertad. Llevadme una

vez aun al Pœcilum y á la playa del mar infinito: pronto recogeréis mis cenizas (1).»

(1) Epicarmo, en cuyos labios pone Alejandro de Humboldt estas doctrinas, fue un célebre filósofo pitagórico y poeta no menos famoso. Nació en la isla de Cos, se estableció muy joven aun en Sicilia, donde floreció hácia el año 440 antes de J. C. y murió á los 75 años segun unos, y á los 99 segun otros. Como pitagórico creía en la metemscosis. Compuso muchos tratados de Filosofía y Medicina que no han llegado hasta nosotros, pero de los cuales supo aprovecharse Platon, segun se dice. Afirmaba que los dioses nos venden todos los bienes en cambio del trabajo. Pasa por haber sido el creador de la comedia; cuando menos la introdujo en Siracusa. Plauto imitó muchas de sus composiciones escénicas: cuando menos así lo asegura Horacio. Kruseman ha publicado en Leyde, en 1834, *Fragmentos de Epicarmo (Epicharmi fragmenta)*.